

ANGEL SANCHEZ RIVERO

512

DON ANGEL M. DE BARCIA Y PAVÓN

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID

IMPRENTA MUNICIPAL

1927

Ayuntamiento de Madrid

ANGEL SANCHEZ RIVERO

DON ANGEL M. DE BARCIA Y PAVÓN

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL
—
1927

DON ANGEL M. DE BARCIA Y PAVÓN

El 11 del pasado agosto se extinguió en Córdoba, a los ochenta y seis años, este benemérito sacerdote.

Don Angel Barcia fué durante muchos años jefe de la Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional, hasta 1911 en que fué jubilado. Artistas e investigadores lo conocían bien. El menesteroso del detalle erudito para completar un proyecto artístico o para orientar un estudio ponía en D. Angel su esperanza suprema. Detrás de su gran mesa, ornamentalmente sostenida por parejas de columnitas jónicas, estaba siempre D. Angel en espera del apurado. Era su otra cura de almas, su segundo confesionario, donde confortaba las desorientaciones y corregía las ignorancias.

Se sabía al dedillo todos los secretos de la Sección. Su memoria era un índice vivo de los diez o doce mil volúmenes, de los 9.707 dibujos, de los 30.000 grabados. Y no un índice de practicón que a fuerza de servir libros o poner firmas acaba por convertirse en fichero semoviente. Él conocía los entresijos de sus cosas; había leído u ojeado todos los libros, los había compulsado en las necesidades de la investigación o en las divagaciones de la curiosidad. Estampas y dibujos estaban continuamente sobre su mesa, con sus problemas de atribuciones o de estados. Y esta manipulación constante de libros, estampas y dibujos, era algo más que disciplina burocrática impuesta por las *necesidades del servicio*. En D. Angel el hombre y el funcionario habían llegado a esa síntesis conclusa que expresan los ingleses con la conocida frase *The right man in the right place*. Hacía escrupulosamente por deber lo que se complacía en hacer por gusto. Pertenecía a esa clase curiosa de hombres que realizan maravillosamente una tarea, al parecer modesta, porque sus aspiraciones iniciales, y aun sus dotes, rebasan con mucho el ámbito de esa tarea; que tienen el acierto, en determinado punto de su vida, de burlar el posible fracaso en un terreno superior, cultivando amorosamente el huerto delimitado por el destino. Almas delicadas que siempre saben dar una significación a la vida sin ponerle disyuntivas soberbias. *O César o nada* suele ser lema de un César o de un don nadie presuntuoso y resentido. Bienaventurados los que aciertan a ser simplemente algo, poco o mucho, en la medida que el hado se lo consiente. Sobre todo después de haber alimentado las ilusiones de César. Y en todo artista existen o han existido tales ilusiones.

Porque D. Angel persiguió con ahinco desde chiquillo la quimera de la creación artística. En Córdoba, donde había nacido el 25 de marzo de 1841, recibió las primeras iniciaciones; a los diez y seis años vino a Madrid para frecuentar la Academia de San Fernando, y en ella asistió a las clases de D. Carlos Ribera, y tuvo por condiscípulos a Martín Rico, Balaca y Ferrant. Al mismo tiempo estudiaba en la vieja escuela de Diplomática, y a su salida de ella ingresó en el Cuerpo de Archiveros. Prestó servicio en Barcelona, Madrid y Alcalá, y estando en esta

última ciudad pintó una capilla en la iglesia de los Filipenses. Animado por este trabajo, y tal vez enojado por alguna gatada administrativa, decidió abandonar la carrera y marcharse a Roma para consagrarse con toda libertad a sus inclinaciones artísticas y perfeccionar su cultura. La estancia en Italia formó definitivamente su gusto, confirmándole en ciertas tendencias ya evidentes en su obra antes de



la ida a Roma. La gran pintura religiosa del Renacimiento, desde Fray Angélico a Rafael, fué en adelante norma y meta de todos sus ensayos artísticos. Nunca pudo transigir con el realismo de su tiempo. Velázquez le dejaba insensible. La pintura por la pintura le parecía absurdo. Aspiraba a un arte que tuviese al mismo tiempo una significación espiritual y que diese forma plástica a los temas y al sentimiento cristianos.

Esta coloración religiosa de su esfuerzo artístico acabó también por determinar de una manera más honda el carácter de su personalidad, corroborando tendencias anteriores. Todavía en Roma, decidió consagrarse al sacerdocio. De vuelta a España hizo los estudios eclesiásticos y se ordenó. En adelante su pintura eligió preferentemente temas religiosos. Muchas iglesias de

España conservan cuadros suyos. En Talavera hay una capilla pintada por él. Le gustaba mucho pintar sobre tela de arpillera con ligeros colores, imitando el aspecto de los tapices, y solía regalar a los amigos estos lienzos, con asunto a veces alusivo a las circunstancias del regalo. De vuelta a España reingresó en el Cuerpo de Archiveros, y fué destinado al puesto en la Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional, que desempeñó hasta ser jubilado. Como pintor D. Angel pone de manifiesto su cultura, su conocimiento del arte italiano, su buen gusto; pero, acaso por la asiduidad que requerían sus deberes de funcionario, no pudo nunca hacer el esfuerzo último que concreta la personalidad distinta.

Fué también escritor pulido. Su principal obra literaria, el *Viaje a Tierra Santa* —viaje hecho en 1888 y obra publicada el siguiente— tiene, como su pintura, el doble carácter de ejercicio piadoso y empeño artístico. Es un relato agradable, un tanto incoloro en cuanto a calidades literarias, pintoresco por su acento personal y de una escrupulosidad minuciosa. En él pueden advertirse algunas peculiaridades del carácter de D. Angel, carácter que a todos sorprendía por su independencia brusca, benévola y cordial en el fondo, pero también implacable con todo el que se pusiese en conflicto con ella.

De todos estos ensayos sacó D. Angel, si no renombre estruendoso, la preparación más adecuada para su admirable labor de crítica y de catalogación artísticas. La Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional puede decirse es obra personal suya. Él colocó libros y colecciones en las nuevas salas cuando se trasladó la Biblioteca al actual edificio de Recoletos en 1892. La instalación de dibujos y estampas es un asombro por el partido que supo sacar de los pobres recursos puestos a su disposición. A él se deben los índices de materias, de libros y

de estampas; los de artistas, grabadores, pintores y dibujantes, y el repertorio iconográfico. Hasta tal punto dependió todo de su iniciativa, que las instrucciones oficiales para la catalogación de estampas y dibujos fueron redactadas por él. No había, pues, libro, estampa o dibujo que no hubiese pasado por su mano, que no tuviera en el fichero cédula de letra suya. De ahí la seguridad de conocimiento y el valor de las consultas a que siempre estaba dispuesto en beneficio del curioso.

Entre estos trabajos de catalogación hay dos que merecen examen detallado. D. Angel conocía por experiencia las necesidades del servicio público en su Sección, y sabía cuáles eran los puntos esenciales. En la mayoría de las estampas se limitó a la papeleta manuscrita, más o menos detallada, según la importancia de la pieza; era lo suficiente para las necesidades de los visitantes. Pero en dos casos juzgó necesario llevar al gran público el conocimiento de los fondos de la sección, publicando catálogos impresos. La Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional guarda una colección de retratos españoles, en grabado o dibujo, de importancia única para nuestra historia cultural o política. Por raras que sean en ocasiones las series extranjeras, siempre se tiene la certeza de que en otras partes se las puede hallar más completas, a veces con sus catálogos impresos. La serie española, en cambio, es la más copiosa que se conoce. Para los cultivadores de nuestros estudios representa una mina de ilustración insustituible. D. Angel, comprendiéndolo así, preparó meticulosamente sus papeletas y en 1905 terminaba la publicación del *Catálogo de los retratos de personajes españoles que se conservan en la Sección de Estampas y de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional por el encargado de la Sección, D. Angel M. de Barcia*, que en la *Revista de Archivos* había venido apareciendo por pliegos desde 1901. Es un modelo de estos trabajos, provisto de todos los índices auxiliares necesarios para dar con lo buscado cualesquiera que sean los datos de que parta. Bien puede decirse que es el repertorio iconográfico español más importante de que hasta el día disponemos. Su aparición ha dado impulso a estos estudios, que en la Junta de Iconografía Nacional tienen hoy su centro. Hasta el público más general ha recogido el fruto de este trabajo por conducto de las revistas ilustradas que tan a menudo acuden a reproducir nuestros ejemplares.

Apenas terminada la publicación del *Catálogo de retratos*, en 1906, iniciaba D. Angel en la *Revista de Archivos* la de otro repertorio aun más importante: el *Catálogo de la colección de dibujos originales* de la Biblioteca Nacional. Próximo ya el plazo de la jubilación reglamentaria, sentía la urgencia de dar forma pública y perdurable a los estudios que había venido haciendo durante su larga permanencia al frente de la Sección. Y efectivamente, hasta el mismo año en que fué jubilado, el 1911, duró la publicación del *Catálogo de dibujos*. Esta misma fecha tiene también el *Catálogo de la colección de pinturas del duque de Berwick y de Alba*, de que más tarde hablaremos. Antes de recluírse en la soledad grave y meditativa de los años provecos, libres de obligaciones sociales e iluminados por la luz decreciente del ocaso, quiso D. Angel, con esfuerzo admirable en un sexagenario, dejar plenamente cumplidos sus deberes mundanos. Bajo esta forma, al parecer humilde, de labor casi administrativa, los dos catálogos nos ofrecen al mismo tiempo la síntesis madura y armoniosa de todas sus experiencias espirituales a lo largo de la vida; de sus luchas cotidianas con la expresión pictórica, de sus estudios constantes sobre los problemas de las artes, y también de su educada sensibilidad para la forma literaria. Las descripciones de cuadros y dibujos en estos catálogos son siempre de exactitud y propiedad primorosas.

El *Catálogo de los dibujos* representa un esfuerzo mucho más arduo de lo que

acaso muchos se figuren a juzgar por el título. En el dibujo el catalogador no puede confiarse a la ayuda de aquellos datos que la estampa o el libro impreso presentan casi siempre de un modo palmario. Si alguna indicación de este género contiene, su primera disposición debe ser ponerlos por lo pronto en cuarentena. Estudio constante de las características, conocimiento profundo de cuadros, estatuas y monumentos, familiaridad con los temas religiosos, históricos y mitológicos que han dado asunto a los artistas, y sobre todo ello, gusto, intuición segura del estilo y del valor artístico; estas son las condiciones indispensables de un buen catalogador de dibujos. Además, es preciso disponer de una pluma ágil, capaz de condensar la descripción en sus elementos esenciales con ese leve temblor de sensibilidad forzoso al manejar un objeto artístico, y juntamente con la sobriedad imparable que da su tono característico al catálogo. Difícil equilibrio entre la espontaneidad del artista y la reserva disciplinada del bibliógrafo, entre la severidad expresiva y la amplificación difusa. La limitación de elementos en el dibujo hace más peligroso el juicio que en el cuadro o la estatua. Y al mismo tiempo, su carácter confidencial y primerizo permite una cercanía apasionante con el misterio de la personalidad.

La preparación de D. Angel para esta obra era particularmente delicada. Los que han visto sus dibujos preparatorios para cuadros y tapices pintados saben su maravilloso dominio de la disciplina lineal establecida por las escuelas italianas del Renacimiento. Su conocimiento de los grandes estilos no era sólo hábito de conocedor que ha visto mucho, sino que estaba, por decirlo así, incorporado a sus nervios de artista. La línea o la composición de Rafael, del beato Angélico, de Miguel Angel o del Perugino le eran familiares porque su imaginación se acomodaba sin dificultad los esquemas de estos artistas. Sus dibujos tienen el garbo y el vigor movido que amaban los viejos maestros. De ahí su pasión por los antiguos y el estudio amoroso en que en su larga carrera de funcionario consagró los que en la Nacional se conservan. Una colección espléndida, que en el catálogo de D. Angel comprende 9.953 números, españoles e italianos en su mayor parte, holandeses, flamencos y franceses en menor número, con ejemplares de valor único, como el San Juan Evangelista del Greco o la hoja con los apuntes de Velázquez para el cuadro de las Lanzas, un Miguel Angel, algunos Rembrandt y un Correggio magnífico. Núcleo de esta colección fué la de D. Valentín Carderera, adquirida por el Gobierno en 1867.

Esta variedad nos muestra las dificultades de la empresa. Para fijar una personalidad de dibujante es menester un minucioso estudio, de cuadros y diseños, examinando colecciones diversas y distinguiendo personalidades afines. El catálogo de D. Angel registra dibujos de más de quinientos autores, aparte los anónimos. Ya se comprenderá que le era imposible llegar a una delimitación definitiva de tantos artistas. Sin contar las dificultades con que la atribución precisa tropieza en los dibujos. Una obra de este género es en muchos casos planteamiento de problemas, no solución definitiva. Sobre ella tienen que ejercer su labor rectificativa y complementaria los estudios monográficos, nacidos a su vez por la sugestión y bajo el orientamiento de las obras generales. Téngase además en cuenta que, salvo su rápida excursión a Tierra Santa, el padre Barcia no volvió a salir de su país después de su vuelta de Italia, y si algún estudio requiere la movilidad constante, es este de los dibujos. Con todas las rectificaciones que puedan hacerse, este *Catálogo de dibujos*, a pesar de su carácter meramente clasificatorio, es uno de los estudios más serios de historia del arte hechos últimamente en España, y desde luego el más importante en su género.

El catálogo de las pinturas del duque de Berwick y de Alba nos presenta en otro aspecto la personalidad del padre Barcia; como familiar en el palacio de Liria. Fué capellán de la casa durante muchos años. El duque actual le tuvo de preceptor en su tierna infancia, y se ha complacido en recordarlo recientemente al escribir la necrología del otro eminente bibliotecario, también servidor de la casa, D. Antonio Paz y Mélia. «Los primeros recuerdos que yo conservo de Paz y Mélia, dice el duque, son del tiempo de mi niñez. Durante ella veía yo en mi casa una mesa, en la que trabajaban tres personas: mi madre, un caballero atildado y palatino a quien llamábamos *Larguito*, y que era el bibliotecario mayor de S. M., D. Manuel Remón Zarco del Valle, y Paz Mélia. Cuando habian de tratarse puntos de arte se unía a estos señores un cuarto consejero: el padre Barcia... acompañante mío en paseos durante la infancia, y a quien debo las primeras iniciaciones de mi afición artística» (1). No es chico merecimiento este que el duque de Alba atribuye a D. Angel, puesto que sus consecuencias han sido en vario modo beneficiosas para los intereses artísticos de España.

Quienes conocen la calidad y la riqueza de las colecciones conservadas en el palacio de Liria comprenderán lo que valía para D. Angel esta relación frecuente, en ocasiones cotidiana, con la familia ducal de Alba. El palacio de Liria le presentaba el espectáculo del arte en el encuadramiento para el cual fué imaginado, en el medio que lo justifica y lo realza, cuadro y fondo él mismo de una vida que exige la expresión fastuosa de la jerarquía y la opulencia. No un museo, deambulatorio de multitudes domingueras o *material* para los ineludibles profesionales de la historia del arte. En el palacio la colección misma tiene un significado personal preponderante, es un capítulo en la historia de una genealogía. Buen número de los cuadros y estatuas que en el palacio de Liria se conservan son testimonio de los gustos decididos y generosos que por el arte sentía uno de los duques de Alba, D. Carlos Stuart, a principios del siglo XIX. D. Angel encontraba de nuevo aquí el recuerdo de su inolvidable Italia: su Fra Angélico, su Perugino y, según él pensaba también, su Rafael, en el maravilloso retrato que hoy con certeza se atribuye a Palma el Viejo.

Y encontraba igualmente sus caras estampas. Una colección selectísima, formada también por el duque D. Carlos Miguel durante su residencia en Italia. Pruebas de calidad excelente, ejemplares de gran rareza; en total, cerca de seis mil grabados. D. Angel recibió de la duquesa el encargo de emprender su arreglo. Con un



(1) *Necrología de D. Antonio Paz y Mélia por el duque de Alba*. Madrid, 1927.

grupo de los mejores se hizo una exposición en una salita que precede al comedor y sirve de paso para éste. El gran número de los restantes, muchos de ellos no menos valiosos que los expuestos, fueron colocados en carpetas y encerrados en adecuada estantería. D. Angel emprendió también una sucinta catalogación de las estampas, y en 1890 aparecía, en modesto volumen, el *Catálogo de la colección de estampas y vasos pintados pertenecientes al excelentísimo señor duque de Berwick y de Alba*. La última parte se refiere a los vasos griegos que hay en el palacio, algunos de ellos muy notables.

Pero su obra decisiva en este campo es el *Catálogo de la colección de pinturas*. La duquesa madre le dió encargo de escribirlo en 1891, y en 1911, año de su jubilación, como vimos, se publicaba, difunta ya la ilustre señora, bajo los auspicios del duque actual, su hijo. El catálogo hace honor, tanto a las iniciativas y los gustos de los duques, como al buen criterio de D. Angel, por su excelente disposición clasificatoria y tipográfica. En consonancia con el carácter de la colección que presenta ofrece en primer término los retratos de las familias cuya herencia se acumula en los duques de Alba. Siguen los demás cuadros clasificados por escuelas, y al final índices complementarios de asuntos y de autores reducen la diferenciación protocolaria al común denominador de la serie uniforme. Las piezas más interesantes son reproducidas en excelentes heliograbados. Nada comparable a esta obra en esplendidez se había hecho hasta entonces en España.

Don Angel es autor de varios estudios sobre temas iconográficos, insertos en la *Revista de Archivos* y editados después en tirada aparte. Tales son: *Algunas obras pictóricas de aficionados reales*, *Retrato de Alonso Cano*, *Retrato de Cervantes*, *Retrato de Santa Teresa de Jesús*, *Retrato de Isabel la Católica* y *Retrato del Greco*, un estudio sobre Alenza y otros.

En 1924, residiendo, ya jubilado, en Córdoba, la Academia de San Fernando le nombró miembro correspondiente. La Diputación cordobesa aprovechó la ocasión para rendir un homenaje al ilustre anciano regalándole la medalla de académico. El acto de entregarle esta insignia fué al mismo tiempo manifestación de respeto y simpatía por parte de la ciudad a su hijo benemérito.

Colocado yo por el azar de la vida en los dos sitios donde D. Angel llevó a término sus mejores proyectos, en la Biblioteca Nacional y en el palacio de Liria, he podido conocer a fondo sus raros merecimientos. Por eso me complace en consagrarle estas páginas, testimonio inadecuado de admiración y reverencia.

